

## Los trabajos y los días

**MARINA GINESTÀ** ■ Una joven con fusil al hombro fue retratada en Barcelona en 1936. Efe la ha encontrado en la capital gala

# Un símbolo de la Guerra Civil que resucita 72 años después

EFE / Redacción Internacional Marina Ginestà, fusil al hombro, mira a la cámara. Es el 21 de julio de 1936 en la azotea del hotel Colón de Barcelona. Setenta y dos años después, esa mirada adolescente y orgullosa, ajena al horror que se avecinaba, se reencontró con el objetivo de una cámara, en París, gracias a la investigación desarrollada por la Agencia Efe.

Ginestà tenía 17 años cuando el fotógrafo Juan Guzmán la inmortalizó en una de esas imágenes que, varias décadas después, se convertirían en un símbolo de la contienda y que forman parte del Archivo Histórico de Efe.

Tres días después del alzamiento militar contra el Gobierno republicano, esta traductora y mecanógrafa afiliada a las juventudes comunistas posaba con Barcelona a sus espaldas en la terraza de un hotel, hoy sede de un banco, en donde sus camaradas se habían hecho fuertes.

De Marina Ginestà nunca más se volvió a saber. Hasta que el empeño de un documentalista de Efe, Julio García Bilbao, permitió hallarla en París y que rememora aquel instante con una lucidez extraordinaria a sus 89 años.

### Buena foto

"Es una buena foto, refleja el sentimiento que teníamos en aquel momento. Había llegado el socialismo, los clientes del hotel se habían marchado. Había euforia. Nos aposentamos en el Colón, comíamos bien, como si la vida burguesa nos perteneciera y hubiéramos cambiado de categoría rápidamente", explicaba Ginestà a Luis Miguel Pascual, hace seis días, en una entrevista en su domicilio de París. Ginestà accedió a hablar con Efe después de que García Bilbao la encontrara en París tras meses de concienzuda investigación.

En foros de internet, en las páginas de las memorias del corresponsal soviético de *Pravda*, Mijaíl Koltsov, con quien la joven aparece en otra foto de Efe al lado de Durruti, o buceando en el Archivo de la Guerra Civil de Salamanca, García Bilbao descubrió que la Marina Ginestà, con J, que identificaba Guzmán en el pie de foto era en realidad Marina Ginestà, una exiliada que aparecía citada como traductora de tex-



Fotografía del Archivo Histórico de Efe, tomada el 21 de julio de 1936 en la azotea del hotel Colón de Barcelona, de la miliciana Marina Ginestà, afiliada a las juventudes comunistas, fusil al hombro, mirando a la cámara. Ginestà tenía 17 años cuando el fotógrafo Juan Guzmán la inmortalizó en una de esas imágenes que, varias décadas después, se convertirían en un símbolo de la contienda



Marina Ginestà posa, en París, con una de las fotos que el fotógrafo Juan Guzmán tomó cuando Ginestà tenía 17 años, en el verano de 1936 en la terraza del Hotel Colón de Barcelona.

tos de francés de un psicoanalista español en París. Marina no supo de la foto hasta hace dos años, pese a que la icónica imagen llevaba tiempo circulando por todas partes, sirvió de portada para el libro *Trece rosas rojas*, de Carlos Fonseca (Temas de Hoy), y fue divulgada por Efe, junto a otras decenas de

■ "Dicen que en la foto del Colón tengo una mirada arrebatadora. Es posible. Convivíamos con la mística de la revolución"

fotografías, en el libro *Imágenes inéditas de la Guerra Civil* (2002), con introducción de Stanley G. Payne.

Ahora, en este mayo francés, Ginestà posa para Boris Zabiensky con la histórica foto enmarcada por sus manos, los tejados de París al fondo y esa estampa de vieja gloria del cine que en 72 años no ha perdido un píxel de glamour ni una gota de orgullo. "Dicen que en la foto del Colón tengo una mirada arrebatadora. Es posible, porque convivíamos con la mística de la revolución del proletariado y las imágenes de Hollywood, de Greta Garbo y Gary Cooper", decía a Efe hace seis días.



Al relente

David Romero

### Confianza traicionada

Hace poco, **Moncho Alpuente** firmaba una columna en un periódico de difusión nacional, al final de la cual se preguntaba "¿Quién nos protegerá de los que nos protegen?" y también "¿Quién vigilará a quienes nos vigilan?". La columna criticaba las lamentables imágenes captadas en el interior de la red de Metro de Madrid, que mostraban las agresiones que varios empleados de "seguridad" cometían contra algunos usuarios del metro. La pregunta vuelve a estar vigente desde que en la localidad madrileña de Coslada se ha destapado una trama mafiosa en el seno de la propia Policía Local. No puedo imaginar a los policías implicados en la trama sino como una catterva de cobardes peleles engrandecidos por la pequeña parcela de poder que se les ha concedido. Personas tan ignorantes, tan pobres de espíritu, que no supieron ver que lo que se les concedía junto al uniforme, a la placa y a la autoridad era la confianza de una comunidad de personas. Extorsiones, abusos sexuales, intimidación... el ser humano corrompido por el poder no sólo es peligroso, sino que da verdadero asco. Pero, en el colmo de la abyección, el hombre corrompido por un poder tan relativamente pequeño como el de un policía local, adquiere además un matiz miserable, que resultaría ridículo si no fuera tan dañino. ¿Cómo se explica uno a sí mismo el haber cometido tales tropelías bajo el amparo de la confianza otorgada? ¿Qué tipo de consciencia es capaz de asumir estos actos? Se me ocurren dos respuestas: una consciencia enferma, o una consciencia sin referencias éticas. Porque el problema, más allá del grave trastorno social o institucional que supone la existencia de una policía delincuente, es la fragilidad —o la ausencia— de los principios éticos que sirven, entre otras muchas cosas, para mantener al sujeto a salvo de la tentación de utilizar su poder para imponerse despóticamente a sus semejantes.